

labra. Algunas veces los disgustos, las esterilidades, y sequedades proceden de la indisposición del cuerpo, como quando por el exceso de las vigiliass, de los trabajos, y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio, adormecidos, y pesados, y con otras tales enfermedades, las quales, aunque proceden del cuerpo, no dexan de incomodar el espíritu, por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones, pues, debemos acordarnos siempre de hacer mas actos de virtud con nuestro espíritu, y voluntad superior; porque aunque parezca estar toda nuestra alma dormida, y acabada del cansancio, y desabrimento, no por eso las acciones de nuestro espíritu dexan de ser muy agradables á Dios; y podemos decir en tal tiempo como la Esposa Sagrada: *To duermo; pero mi corazon vela.* Y como he dicho atras, si hay menos gusto en el trabajar de esta suerte, no por eso dexa de haber mas merecimiento, y virtud.

— Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo

con alguna suerte de legitima recreacion, y entretenimiento. Así San Francisco ordenaba á sus Religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu.

Y apropósito de esto este glorioso Padre una vez se vió contristado, y perseguido de una tan profunda melancolia de espíritu, que no podia dexar de mostrarla en sus movimientos; porque si queria conversar con sus Religiosos, no podia: si se apartaba de ellos, se hallaba peor. La abstinencia, y mortificacion de la carne le afligian, y la oracion no le aliviaba nada. Vióse dos años de esta suerte, y de manera, que parecia estar de todo punto abandonado de Dios; mas en fin, despues de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dió en un momento una dichosa tranquilidad. Esto es para darte á entender que los mayores Siervos de Dios están sujetos á tales sequedades; y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

QUIN-



QUINTA PARTE
DE LA INTRODUCCION,
en la qual se contienen los exercicios, y avisos necesarios para renovar el alma, y confirmarla en la devocion.

CAPITULO PRIMERO.

Que debemos cada año renovar los buenos propósitos por los exercicios siguientes.

EL principal punto de estos exercicios consiste en conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta facilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad, y mala inclinacion de nuestra carne, la qual agrava nuestra alma, y la procura tirar, y inclinar ábaxo, si amenudo no se levanta ábaxo arriba á viva fuerza de resolucion. Así como los páxaros tornan amenudo á caer en tierra, no continuando en el romper el ayre para mantenerse por este medio en su vuelo; así tambien, amada Filotea, tienes tú necesidad de reiterar, y repetir muy amenudo los buenos propósitos que hubieres hecho de servir á Dios,

temiendo que no haciendo esto, no caygas en tu primer estado, ó en otro, por ventura mucho peor; porque las caidas espirituales tienen esta propiedad, que nos ponen siempre en mas baxo estado que aquel en que nos hallábamos quando subimos á lo alto de la devocion. No hay reloj, por bueno que sea, que no sea menester subirle la cuerda dos veces al dia, á la mañana, y á la noche; y despues de esto es menester tambien desarmarle, por lo menos una vez al año, para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas, y reparar las que están usadas. Así tambien el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazon, debe remontarle á Dios á las noches, y á las mañanas por medio de los exercicios ya dichos; y fuera de esto debe considerar amenudo su estado, emendándole, y acomodándole quanto puede.

pueda al servicio de Dios; y en fin, por lo menos una vez al año debe desarmarle, y mirar todas sus piezas una á una; esto es, todos sus deseos, aficiones, y pasiones, para que así pueda reparar todas sus faltas. Y como el relojero unta todas las ruedas, los traveses, y el muelle con algun aceyte delicado, para que sus movimientos sean mas mansos, y seguros, y que esté menos sujeto al orin, y herrumbres; así la persona devota, despues de haber desmontado, ó desarmado su corazon para mejor rebacerle, y renovarle, le debe untar por medio de los Sacramentos de la Confesion, y de la Eucaristia. Este exercicio reparará tu fuerzas, debilitadas del tiempo, confortará tu corazon, hará reverdecer tus buenos propósitos, y reflorece las virtudes de tu espíritu.

Los antiguos Christianos practicaban esto con mucho cuidado en el día aniversario del Bautismo de nuestro Señor; en el qual, como dice San Gregorio Obispo de Nazianzo, renovaban la profesion, y las protestaciones que se hacen en este Sacramento. Hagamos lo mismo, querida Filotea, disponiéndonos, y empleándonos en esto con muchas veras, y alegría.

Habiendo, pues, escogido el tiempo conveniente, segun el parecer de tu Confesor, y habiéndote retirado algo mas á la soledad real, y espiritual que lo ordinario, harás una, dos, ó tres meditaciones sobre los puntos siguientes, segun el método que te he dado en la segunda Parte.

CAPITULO II.

Consideracion sobre el beneficio que Dios nos hace, llamándonos á su servicio, segun la protestacion arriba dicha.

1 **C**onsidera los puntos de tu protestacion. El primero es el haber dexado, desechado, detestado, y renunciado para siempre todo pecado mortal. El segundo es el haber dedicado, y consagrado tu alma, tu corazon, y tu cuerpo, con todo aquello que de esto depende, al amor, y servicio de Dios. La tercera es, que si te sucediese caer en alguna mala accion, te levantarás al mismo punto, mediante la gracia de Dios. No son, pues, dime, estas hermosas, justas, dignas, y generosas resoluciones? Piensa bien en tu alma qué santa, justa, y razonable es esta protestacion.

2 Considera á quién has he-

hecho esta protestacion, que es á Dios. Si las palabras de razon dadas á los hombres nos obligan estrechamente, cuánto mas obligarán las que damos á Dios? *Ab Señor!* (dice David) *á Vos es á quien mi corazon lo ha dicho: mi corazon ha trazado esta buena palabra: jamas la olvidaré.*

3 Considera en presencia de quién, y que ha sido á la vista de toda la Corte celeste. La Virgen, San Joseph, tu buen Angel, San Luis, toda esta celeste compañía te miraba, y aprobaba tu protestacion, mirándote con ojos de un amor indecible, postrando tu corazon á los pies del Salvador, consagrándole á su servicio; por lo qual hicieron una general alegría por toda la celeste Jerusalem, y aun harán ahora la comemoracion, si con entero corazon renuevas tus buenos propósitos, y resoluciones.

4 Considera por qué medios hiciste tu protestacion. Ay de mí, y qué manso, y dulce se te mostró Dios en este tiempo! Dime, pues, por tu vida, no te viste convidada con mil dulces halagos del Espíritu Santo? Las cuerdas con que tiró Dios tu pequeña barquilla á este puerto de salud, no te parece que fueron

de amor, y caridad? Mira cómo te fue cebando con su divino azucar por los Sacramentos, por la lectura, y por la oracion. Ay de mí, amada Filotea! tú dormías, y Dios te velaba, poniendo en tu corazon pensamientos de paz, y meditando por tí meditaciones de amor.

5 Considera en qué tiempo Dios te tiró á estas grandes resoluciones: porque si fue en la flor de tu edad, fue, Filotea, no pequeña dicha el aprender tan presto lo que no podemos saber sino muy tarde. San Agustín, habiendo sido tirado de Dios de edad de treinta años, decia: *O antigua hermosura! cómo te he conocido yo tan tarde? Ay de mí, que te veía, y no te conocía!* Y tú tambien podrás decir: *O dulzura antigua! por qué no te he yo antes gustado? Ay de mí, que no obstante esto, no la conocías tú entónces!* y por esto, reconociendo cuánta gracia te ha hecho Dios de tirarte á sí en tu juventud, di con David: *O Dios mio! tú me has alumbrado, y tocado desde mi juventud, y para siempre yo irrocaré tu misericordia.* Y si ha sido en tu vejez, hallarás, Filotea, haberte Dios hecho no pequeña gracia en qué despues de haber tan mal perdido tantos años

años precedentes, al fin Dios te ha llamado antes de la muerte, parando el curso de tu miseria en tiempo, donde si hubieras continuado, quedarás miserable para siempre.

Considera los efectos de esta vocacion, y hallarás en tí, según entiendo, una dichosa mudanza, comparando lo que eres con lo que fuiste. No tienes tú, dime, por gran felicidad el saber hablar á Dios por medio de la Oracion? El tener deseo de quererle amar? El haber templado, y pacificado muchas pasiones que te inquietaban? El haber evitado muchos pecados, y embarazos de conciencia? Y en fin, el haber comulgado tan amenudo, cosa en que antes ponías tanto descuido, uniéndote á este santo manantial de gracias eternas? Ah, Filotea, y qué grandes son estas gracias! Menester es, pues, Filotea mia, pensarlas en el peso del Santuario. La mano derecha de Dios es la que ha obrado todo esto. *La buena mano de Dios (dice David) ha hecho virtud: su diestra me ha relevado. No moriré, pues; sino viviré, y cantaré de corazon, de boca, y con obras las maravillas de su bondad.*

Despues de todas estas consideraciones, las quales, como

ves, nos colman de buenos deseos, debemos concluir simplemente por una accion de gracias, y una oracion encaminada al aprovechamiento de lo dicho, retirándote con humildad, y gran confianza en Dios; no haciendo el fin de estas resoluciones hasta despues del segundo punto de este ejercicio.

CAPITULO III.

Del exámen de nuestra alma sobre el adelantamiento de la vida devota.

Este segundo punto del ejercicio es un poco largo; y así quanto á su practica te digo que no es necesario le hagas todo de una vez, sino en diversas veces, como si tomases lo que miraba á tus acciones para con Dios, y esto por una vez: lo que mira á tí mismo otra vez: lo que toca al próximo otra; y la consideracion de las pasiones la quarta vez. No será tampoco necesario que estés de rodillas, sino al principio, y á la fin, con que se comprehenden las aficiones. Los otros puntos del exámen los podrás hacer con utilidad paseándote, y aun mejor en la cama, si por ventura puedes estar en ella por algun tiempo sin desabrimien-

to,

to, ni gana de dormir. Para hacer; pues, esto, es necesario haberlos antes leído. No obstante esto, es necesario el hacer todo este segundo punto en tres días, y dos noches por lo menos, tomando de cada dia, y de cada noche alguna hora, digo algun tiempo, sea el que pudieres; porque si este ejercicio no se hiciese sino en tiempos muy distantes el uno del otro, perdería su fuerza, y causaría impresiones muy flojas. Despues de cada punto del exámen notarás en lo que hayas faltado, y en lo que tienes falta, y los principales distraimientos que has sentido para declararte, y tomar consejo, resolucion, y alivio espiritual; y aunque en tales días que hicieses este ejercicio, y los otros, no sea necesario el retirarte absolutamente de las conversaciones, con todo eso no se escusa el retirarte un poco, particularmente ácia la noche, para que así puedas acostarte mas temprano, reposando el cuerpo, y el espíritu, necesarios á la consideracion. Y entre dia habrás tambien de hacer frecuentes aspiraciones á Dios, á nuestra Señora, á los Angeles, y toda la Jerusalem celeste; y es tambien necesario que todo esto se haga con un corazon enamorado

para con Dios, y la perfeccion de tu alma. Para comenzar, pues, bien este exámen,

1 Ponte primeramente en la presencia de Dios.

2 Invoca el Santo Espiritu, pidiéndole luz, y claridad para que puedas bien conocerle, como San Agustín, que se lamentaba de Dios en espíritu de humildad, diciendo: *O, Señor! hazed que os conozca, y que me conozca;* y San Francisco, que preguntaba á Dios: *Quién sois vos, y quién soy yo?* Protestarás no notar tu adelantamiento para lo que es regocijarte en tí misma, sino para alegrarte en Dios; ni para glorificarte, y tomar consejo, resolucion, y alivio espiritual; al Señor, y darle gracias.

Protestarás tambien, que si, como tú piensas, descubres el haber aprovechádote poco, ó bien atrasádote, que no por eso te entibiarás, ni resfriarás con ninguna suerte de miedo, ni flaqueza de corazon, sino que al contrario procurarás animarte mas, humillarte, y remediar las faltas mediante la gracia divina.

Hecho esto, considerarás mansa, y sosegadamente de qué manera hasta la hora presente te has llevado para con Dios, para con el próximo, y para contigo misma.

CA-

CAPITULO IV.

Exámen del estado de nuestra alma para con Dios.

1 **C**onsidera cuál es tu corazon contra el pecado mortal, y si tienes una resolucion firme de nunca mas cometerle por ningun caso que pueda venirte, y si esta resolucion ha durado desde tu protestacion hasta el presente. En esta resolucion consiste el fundamento de la vida espiritual.

2 Considerarás cuál es tu corazon para con los mandamientos de Dios, y si los hallas buenos, dulces, y agradables. Quien tiene, hija mia, el gusto en buena disposicion, y sano el estómago, el tal apetece las buenas viandas, y desecha las malas.

3 Considera cuál es tu corazon para con los pecados veniales. Mal podríamos guardarnos de caer en alguno por un camino, ó por otro; mas notarás si hay alguno á que tengas particular aficion, y tambien (que aun esto sería peor) si hay alguno á que tengas aficion, y amor.

4 Considerarás cuál es tu corazon para con los ejercicios espirituales; si los amas, si te enfadan, si te disgustan, y á cuál de ellos tienes tú mas, ó menos inclinacion. El oír la

palabra de Dios, el leerla, discurrir de ella, meditar, aspirar en Dios, confesarte, recibir los avisos espirituales, aparejarse á la Comunión, enfrenar sus aficiones; mirarás á cuál de esto hallas repugna tu corazon; y si hallas alguna cosa á que tu corazon tenga menos inclinacion, examina de dónde le procede este disgusto, y qué es la causa.

5 Considerarás cuál es tu corazon para con Dios mismo; si se alegra en acordarse de él, y si siente en esto una agradable dulzura. Dice David: *To me he acordado de Dios, y me he deleitado.* Mirarás si siente tu corazon una cierta felicidad en amarle, y un gusto particular en saborearte con este amor. Notarás si tu corazon se recrea en pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su suavidad; si esta memoria de Dios te viene en medio de las ocupaciones del mundo, y sus vanidades; si se hace hacer lugar, si harta tu corazon, si te parece que tu corazon se vuelve de su lado, y si en cierta manera va como marchando adelante. Es cierto que hay almas de esta manera.

6 Si vuelve un casado de alguna jornada larga, al mismo punto que su muger le oye,

oye, y siente su voz, aunque por entónces se halle embarazada, y embebecida con alguna violenta consideracion, con todo eso no dexará de olvidar todos los otros pensamientos, por pensar en su reciénvenido, y amado marido. De la misma manera sucede á muchas almas amadas de Dios; que aunque se hallen mas embebecidas, y embarazadas de negocios, luego que les toca el corazon la memoria de Dios, no hay cosa que no olviden, ni de que no se deshagan, por no perder esta dulce, y bien venida memoria. Señal en estremo buena.

7 Considerarás cuál es tu corazon para con Jesu-Christo Dios, y Hombre, y si recibes gusto con él. Las abejas gustan mucho de andar cerca de su miel, y los moscones de andar cerca de la hediondez, y porquerías: así las buenas almas tienen su gusto cerca de Jesu-Christo, y sienten una estrema ternera de amor para con él; mas las malas solo se alegran en medio de las vanidades.

8 Considerarás cuál es tu corazon para con nuestra Señora, con los Santos, con tu Angel: si los amas mucho, si tienes una especial confianza en su benyolencia, si sus imá-

Tom. II.

genes, sus vidas, y sus alabanzas te son agradables.

9 Quanto á tu lengua considerará cómo hablas de Dios, si te agradas en decir bien de él, segun tu condicion, y fuerzas, y si te deleitas en cantar los cánticos.

10 Quanto á las obras pensarás si tienes en el corazon la gloria exterior de Dios, y si haces alguna cosa á su honra; porque los que aman á Dios, aman con David el ornato de su casa.

Notarás si te has apartado de alguna aficion mala, y si has renunciado alguna cosa por Dios; porque es una buena señal de amor el privarse de alguna cosa en favor de aquel que se ama. Qué es lo que has tú, pues, dexado por el amor de Dios?

CAPITULO V.

Exámen de nuestro estado para con nosotros mismos.

1 **M**ira cómo te amas á tí misma, y si te amas demasiado para este mundo; porque si es así, desearás quedarte siempre en él, y tendrás un estremo cuidado en arroyarte en la tierra; pero si te amas para el Cielo, desearás, ó por lo menos te quietarás facilmente en el tiempo

V de

de la partida de este siglo, quando llegue la hora que nuestro Señor fuere servido de darte.

2 Mira si tienes buena órden en el amor de tí misma; porque el mayor enemigo que tenemos es el amor de nosotros propios. El amor, pues, ordenado quiere que amemos mas el alma que el cuerpo: que tengamos mas cuidado en adquirir las virtudes que otra ninguna cosa: que tengamos más cuenta con la honra divina que con la baxa, y caduca. El corazon bien ordenado muchas veces dirá en sí mismo: Qué dirán los Angeles si yo pienso en tal cosa? Y no: Qué dirán los hombres?

3 Mirarás qué tal es el amor que tienes á tu corazon, y si te enfadas de servirle en sus achaques, y enfermedades. No es pequeño, Filotea, el cuidado que debes tener en socorrerle, y hacerle socorrer quando sus pasiones le atormentan, dexando por esto todo lo demas.

4 Notarás qual te estimas tú delante de Dios. Será en nada sin nada; mas advierte que no es grande humildad que una mosca no se estime en nada en comparacion de un gran monte; ni que una gota de agua se tenga por nada en

comparacion del mar; ni que una sola centella de fuego se conozca por nada en comparacion del Sol. La verdadera humildad consiste en no estimarnos mas que los otros, ni querer ser estimados de los otros en mas que ellos.

5 Quanto á la lengua mirarás si te alabas de una suerte, y de otra, y si te adulas, y alabas á tí propia, hablando de tí misma.

6 Quanto á las obras notarás si recibes algun placer contrario á tu salud; quiero decir, placer vano, inutil, demasiado, desvelado, y sin sugeto; y semejantes.

CAPITULO VI.

Exámen del estado de nuestra alma para con nuestro próximo.

Menester es amarse mucho el marido, y la muger, y esto con un amor dulce, sosegado, firme, y continuo. Debe, pues, hacerse esto en primer lugar, por quanto Dios lo ordena así: lo mismo digo de los hijos, y parientes cercanos, y tambien de los amigos, cada uno segun su puesto.

Mas para hablar en general, mirarás qual es tu corazon para con tu próximo, y si le amas cordialmente, y por amor de Dios. Para bien discernir esto ha-

habrás menester representarte ciertas personas envidiosas, y desagradables; porque en estas es donde se exercita el amor de Dios para con el próximo, y mucho mejor con los que nos hacen algun mal de efecto, y de palabra. Examina si tu corazon es franco en su particular, y si sientes gran contradiccion en el amarlo.

Mira si te hallas pronta en el hablar del próximo murmurando, y en particular de aquellos que no te aman: si haces mal al próximo, ó directa, ó indirectamente. Por poca razon, y discurso que uses, conocerás todo esto.

CAPITULO VII.

Exámen sobre las aficiones de nuestra alma.

Heme extendido en los puntos dichos, porque en su exámen consiste el conocimiento del adelantamiento espiritual que se ha hecho; porque quanto al exámen de los pecados, es solo para las confesiones de los que no piensan adelantarse.

No es, pues, necesario el trabajarse sobre cada uno de estos artículos, sino con suavidad, considerando el estado en que nuestro corazon se ha hallado tocante á ellos desde

nuestra resolucion, y qué faltas notables son las que hubiéremos cometido.

Y para abreviar todo esto es menester reducir el exámen al conocimiento de nuestras pasiones; y si nos enfada el considerar tan por menudo (como se ha dicho) quáles habemos sido, podremos examinar en esta forma quáles habemos sido, y de qué suerte nos hemos comportado:

En nuestro amor, para con Dios, para con el próximo, y para con nosotros mismos.

En nuestro aborrecimiento, para con el pecado que se halla en nosotros, y para el pecado que se halla en los otros; porque es cierto que debemos desear el fin del uno, y del otro. En nuestros deseos, tocante á los haberes, tocante á los placeres, y tocante á las honras.

En el temor de los peligros de pecar, y de las pérdidas de las posesiones de este mundo; porque de ordinario se teme demasiado lo uno, y muy poco lo otro.

En la esperanza puesta en el mundo, y en las criaturas, y muy poca en Dios, y en las cosas eternas.

En la tristeza, si es muy excesiva por cosas vanas.

En la alegría, si es muy ex-

cesiva, y por cosas indignas.

Miráremos en fin qué aficiones tienen nuestro corazon ocupado, qué pasiones le poseen, y en lo que principalmente se hubiere distraido.

Porque por las pasiones del alma conocemos cuál es su estado, tocándolas una despues de la otra; porque así como un Músico de laud tocando todas las cuerdas, las que halla disonantes las viene á templar, sea baxándolas, ó ya subiéndolas; así despues de haber tocado, y reconocido el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza, y la alegría de nuestra alma, si es que hallamos todo esto mal sonante al tono que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podrémoslo acordar muy bien, mediante su gracia, y el consejo de nuestro Confesor.

CAPITULO VIII.

Aficiones que debemos tener despues del exámen.

Despues de haber con blandura considerado cada punto del exámen, y voto en que está, darás lugar á las aficiones siguientes.

Darás gracias á Dios por la enmienda que hubieres hallado en tu vida despues de tu

resolucion, y reconoce que ha sido su misericordia sola la que ha obrado en tí, y por tí.

Humíllate quanto puedas delante de Dios, reconociendo que si no te ha adelantado mas, ha sido por tu falta, y por no haber con fidelidad animosa y constantemente correspondido á las inspiraciones, claridades, y movimientos que te ha dado en la oracion; y entónçes

Promete alabarle para siempre por las gracias recibidas; y así te retirará de tus inclinaciones, y llegarás á la enmienda. Pídele perdon por la infidelidad, y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazon para que se haga de todo punto Señor de él.

Suplícale te haga fiel de todo punto.

Invoca á los Santos, la Virgen, tu Angel, tu Patron, San Joseph, y otros.

CAPITULO IX.

Consideraciones propias para renovar nuestros buenos propósitos.

Despues de bien hecho el exámen, y haber bien conferido con algun digno conductor las faltas, y su enmienda, tomarás las consideracio-

nes

nes siguientes, haciendo una cada dia por manera de meditacion, y empleando el tiempo de tu oracion; y esto que sea siempre con el mismo método que has usado en las meditaciones de la primera parte, poniéndote ante todas cosas en la presencia de Dios, implorando su gracia, para que por su medio puedas establecerte en su santo amor, y servicio.

CAPITULO X.

Consideracion primera. De la excelencia de nuestras almas.

Considerarás la nobleza, y excelencia de tu alma, que tiene un entendimiento, el qual conoce no solo todo este mundo visible, mas conoce aún que hay Angeles, y un Paraiso: conoce que hay un Dios soberanísimo, bonísimo, y inefable: conoce que hay una eternidad; y conoce mas lo que es propio para vivir en este mundo visible, y para juntarse con los Angeles en el Paraiso, y gozar de Dios para siempre.

Tiene mas tu alma, y es una voluntad del todo noble, la qual puede amar á Dios, y no le puede aborrecer en sí misma. Mira tu corazon, y verás quán generoso es, y que

Tom. II.

así como no puede nada detener las abejas en ninguna cosa corrompida, antes solo se detienen sobre las flores; así tu corazon no puede tener reposo sino solo en Dios, pues ninguna criatura puede satisfacerle, ni hartarle; si no, piensa en los mas amados, y divertidos embebecimientos, en que otras veces has ocupado tu corazon, y dime la verdad, si los tales no estaban llenos de inquietud, y molestia, de pensamientos carcomidos, y cuidados importunos, en medio de los quales tu pobre corazon se veía miserable.

Vá tu corazon corriendo para las criaturas con grandes ansias, pensando poder contentar sus deseos; pero tan presto como ha executado quanto imaginaba, echa de ver la vanidad de su intento, pues nada le puede satisfacer, ni contentar. No quiere Dios, Filotea, que nuestro corazon halle ningún lugar donde pueda reposar, de la misma manera que la paloma salida del Arca de Noé, para que así se vuelva á su Dios, del qual ha salido. Ah, y quánta hermosa de naturaleza hay en nuestro corazon! Por qué, pues, le detendremos nosotros contra su voluntad en el servicio de las criaturas?

V 3

O

O alma mia! (dirás tú) tu puedes oír, y querer á Dios. Por qué, pues, te embebecerás tú en cosa menor? Si tú puedes pretender la eternidad, qué hay que detenerte en los momentos? Esta fue una de las quejas del hijo Pródigo, que habiendo podido vivir regaladamente á la mesa de su padre, comía suciamente á la de las bestias. O alma mia! tú eres capaz de Dios. Desventurada de tí si te contentas con menos que Dios. Levanta mucho tu alma en esta consideración: muéstrala como es eterna, y digna de la eternidad: llénala de ánimo acerca de este sugeto.

CAPITULO XI.

Segunda consideracion. De la excelencia de las virtudes.

Considera, que las virtudes, y la devocion pueden solas contentar tu alma en este mundo. Mira, pues, qué hermosas son: haz comparacion de las virtudes, y vicios que les son contrarios: la suavidad que hay en la paciencia, comparada á la venganza: en la mansedumbre, comparada á la ira, y enojo: en la humildad, comparada á la arrogancia, y ambicion: en la liberalidad, comparada á la ava-

ricia: en la caridad, comparada á la envidia; y en la templanza, comparada á los desórdenes. Las virtudes tienen esto admirable, que deleitan el alma con una dulzura, y suavidad incomparable, despues que se han exercitado; y al contrario, los vicios la cansan infinito, la descarrian, y pierden. Por qué, pues, no procuraremos nosotros adquirir estas suavidades?

De los vicios vemos que quien tiene pocos no está contento; y quien tiene muchos, menos. Mas de las virtudes el que tiene bien pocas, alcanza aún contento; y quien muchas, mucho mas. O vida devota, y qué hermosa eres, qué dulce, agradable, y suave! Tú mitigas las tribulaciones, y haces suaves las consolaciones. Sin tí el bien es mal, y los placeres llenos de inquietudes, alborotos, y desvanecimientos. Ay de mí, que quien te conociera, pudiera bien decir con la Samaritana: *Domine, da mihi hanc aquam*: Señor, dame esta agua! aspiracion muy frecuente á la Beata Madre Teresa, y á Santa Catalina de Sena, aunque por diferentes sugetos.



CA-

CAPITULO XII.

Tercera consideracion sobre el exemplo de los Santos.

Considera el exemplo de toda suerte de Santos: qué es lo que ellos no hicieron para amar á Dios, y ser sus devotos. Mira los Mártires, invencibles en sus resoluciones, qué tormentos dexaron de padecer para mantenerlas. Mira sobre todo tantas hermosas doncellas, mas blancas que la azucena en pureza, y mas encarnadas que la rosa en caridad, que las unas á doce, las otras á trece, quince, veinte, y veinte y cinco años, sufrieron mil suertes de martirios, antes que apartarse un punto de su resolucion; y no solo en lo que tocaba á la protestacion de la Fé, sino en lo que tocaba á la protestacion de la devocion: las unas muriendo antes que abandonar su virginidad: las otras antes que dexar de servir á los afligidos, consolar los atormentados, y amortajar los muertos. O buen Dios, y Señor, y qué constancia ha mostrado este *sexó fragil* en semejantes ocurrencias!

Mira tantos Santos Confesores con qué valor han menospreciado el mundo, y cómo se han hecho invencibles en sus resoluciones. Nada les pudo

hacer prevaricar, pues las abrazaron tan animosamente, y las mantuvieron sin excepcion; que es lo que dice San Agustin de Mónica, con qué firmeza seguia su empresa de servir á Dios, en su matrimonio, y en su viudez; y S. Gerónimo de su amada hija Paula en medio de tantos traveses, y en medio de tanta variedad de accidentes. Qué es lo que nosotros de buena razon dexaremos de hacer con tan buenos Patrones? Todos estos eran lo mismo que nosotros: hacian lo que hacian por el mismo Dios, y por las mismas virtudes. Por qué no haremos, pues, nosotros otro tanto, segun nuestra vocacion, y estado, por medio de nuestra resolucion, y santa protesta-

CAPITULO XIII.

Quarta consideracion. Del amor que Jesu-Christo nuestro Señor nos tiene.

Considera el amor con que Jesu-Christo nuestro Señor ha sufrido tanto en este mundo, y particularmente en el jardin de Oliver, y Monte Calvario. Este Amor te miraba, y por medio de estas penas, y trabajos alcanzaba del Padre Eterno buenas resoluciones, y protestaciones para tu corazon,

V 4

y

y por el mismo medio alcanzaba tambien todo lo que te es necesario para mantener, alimentar, fortificar, y consumir estas resoluciones. O santa resolucion, y quán preciosa eres! hija en fin de tal madre como la Pasion de nuestro Salvador. O quánto te debe amar mi alma, pues fuiste tan amada de mí buen Jesus! O Salvador mio! Vos moristeis para adquirirme estas buenas resoluciones: dadme, pues, Señor, la gracia que yo muera antes de perderlas.

No véis tú, Filotea mía, cómo el corazón de nuestro amado Jesus veía el tuyo, desde el árbol de la Cruz, y le amaba, por cuyo amor te alcanzaba todos los bienes de que gozas, y gozarás, y, entre otras, nuestras buenas resoluciones? Sí, amada Filotea, bien podemos todos decir como Jeremias: *O Señor! antes que yo fuera, vos me mirábades, y me llamábades por mi nombre.* Y esto por- que verdaderamente su divina Bondad prepara en su divino amor, y misericordia todos los medios generales, y particulares para nuestra salvacion, y por consiguiente nuestras resoluciones. Así como una muger preñada aparece la cuna, los pañales, y mantillas, y asimismo una ama para la cria-

tura que espera, aunque la tal aún no esté en el mundo; así tambien nuestro Señor, habiéndote concebido en su bondad, y pretendiendo sacarte á la luz del mundo para tu salvacion, y hacerte hija suya, prepara sobre el árbol de la Cruz todo lo que era necesario para tu buena dicha. Estos son todos los medios, todos los atraimientos, y todas las gracias, con las quales induce tu alma, y la quiere guiar á la perfeccion. Nuestro Señor, pues, segun esto, estaba en estado de preñez quando estaba en el árbol de la Cruz.

Ah, buen Dios, y con cuántas veras debíamos arraygar esto en nuestra memoria! Es posible que haya yo sido amada, y amada con tal dulzura de mi Salvador, que se pusiese á pensar en mí, en mi particular, y en todas aquellas pequeñas ocurrencias, por las quales me ha tirado á sí! Con razon debemos, pues, estimar, y amar todo esto, y emplearlo á nuestra utilidad. Nota esta consideracion. Aquel corazón amigable de mi Dios pensaba en Filotea, la amaba, y la procuraba mil medios para su salvacion, tanto como si no hubiera habido otra alma en el mundo en quien hubiese pensado. Así como el Sol alumbran-

brando una parte de la tierra, no la alumbra menos que si no alumbra:se otra parte mas que aquella sola; de la misma manera nuestro Señor pensaba, y cuidaba por todos sus amados hijos, y de suerte pensaba en cada uno de nosotros, como si no pensara en todos los demás. *El me ama*, dice S. Pablo, *y se dió por mí*; como si dixese: Por mí solo, de la misma manera que si no hubiera hecho nada por los demás. Esto, pues, Filotea, debe estar gravado en tu alma para mejor conservar, y mantener tu resolucion, la qual ha sido tan estimada en el corazón de tu Salvador.

CAPITULO XIV.

Quinta consideracion del amor eterno de Dios para con nosotros.

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido; porque antes que nuestro Señor Jesu-Christo, siendo hombre, padeciese en la Cruz por tí, su Divina Magestad te tenia en su soberana bondad, y te amaba en extremo. Pero cuándo comenzó Dios á amarte? Comenzó, pues, quando comenzó á ser Dios. Y cuándo comenzó á ser Dios? Nunca, porque siempre lo fue sin princi-

pio, ni fin; y así tambien te ha amado desde *ab eterno*. Por esto, pues, te preparaba las gracias, y favores que te ha hecho; y él mismo lo dice por el Profeta: *Tú te amo* (contigo habla de la misma manera que con otro) *con una caridad perpetua, y por esto te he tirado teniéndote piedad.* Pensado ha, pues, entre otras cosas en hacerse tomar resolucion de servirle. O, buen Dios, quáles resoluciones son estas! Pues Dios las ha pensado, meditado, y trazado desde su eternidad, quán caras, y preciosas nos deben ser las tales! Qué es lo que nosotros debíamos sufrir antes que perder la mínima parte de ellas? Antes que hacerlo debíamos ver perecer todo el mundo, porque tambien sabemos que todo el mundo junto no vale lo que un alma, y un alma no vale nada sin nuestras buenas resoluciones.

CAPITULO XV.

Aficiones generales sobre las consideraciones precedentes, y conclusion del exercicio.

Amadas resoluciones mías! vosotras sois el hermoso árbol de vida, que mi Dios ha plantado por su propia mano en medio de mi corazón, el qual quiere asimismo mi Sal-

vador regar con su sangre, para hacerle que lleve fruto. Antes pasaré mil muertes que dar lugar á que ningun viento me la desarryague. Ni la vanidad, ni los regalos, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán bastantes á ello. Mas, ó Señor mio, que bien sé ser vos mismo quien ha plantado, y en vuestro seno paterno guardado eternamente este arbol hermoso para mi jardín. Quántas almas habrá que no han sido favorecidas de esta suerte! Cómo, pues, podré yo jamas humillarme bastante delante de vuestra misericordia?

O hermosas, y santas resoluciones! si yo os conservo, vosotras me conservaréis. Si vosotras vivís en mi alma, mi alma vivirá en vosotras. Vivid, pues para siempre, ó resoluciones mías, eternas en la misericordia de Dios. Estad, y vivid eternamente en mí, para que nunca os abandone.

Después de estas resoluciones, es menester que particularices los medios importantes para mantener estas amadas resoluciones, y que protestes el querer siempre aprovecharte de ellas con fidelidad, y de la frecuencia de la oracion, de los Sacramentos, de las buenas obras, la enmienda de las faltas reconocidas en el segundo

punto, y el seguimiento de los avisos que te serán dados á este fin. Lo qual hecho, como consecutivamente protestarás mil veces que continuarás en tus resoluciones; y como si tuvieras tu corazon, tu alma, y tu voluntad en tus manos, la dedicarás, consagrarás, y sacrificarás á Dios, protestando no volverlas á tomar mas, sino dejarlas en las manos de su Divina Magestad, para seguir en todo, y por todo sus Mandamientos. Ruega á Dios te renueve de todo punto, que bendiga tu renuevo de protestacion, y que la favorezca. Invoca á la Virgen, tu Angel, los Santos, y S. Luis.

Irás con este movimiento de corazon á los pies de tu Padre espiritual. Acusarás de las faltas principales que hubieres notado haber cometido. Después de tu confesion general recibe la absolucion de la misma manera que hiciste la primera vez: pronunciarás delante la protestacion, y confirmarála; y en fin irás á unir tu corazon renovado á su principio, y Salvador; esto es, al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

* * * * *

CA-

CAPITULO XVI.

De los resentimientos que se deben tener despues de este exercicio.

EL dia que hubieres hecho este renuevo, y los siguientes, repetirás muy amenuado de corazon, y de boca aquellas fervorosas palabras de S. Pablo, de S. Agustin, de Santa Catalina de Sena, y otros: "No, yo no soy mas mia. O que yo viva, ó que yo muera, yo soy de mi Salvador. Yo no tengo mas de mí, ni mio: mi mio es Jesus, y mi mio es el ser suya." O mundo! tú eres siempre tú mismo, y yo siempre he sido yo misma. Mas de aquí adelante yo no seré mas yo misma. No, nosotros ya no seremos nosotros mismos, porque tendremos el corazon trocado; y el mundo que nos ha tanto engañado, será engañado en nosotros, porque no aperebiendo nuestra mudanza, por ser poco á poco, pensará que somos siempre de los de Esaú, y seremos de los de Jacob.

Será menester que todos estos ejercicios reposen dentro del corazon, y que apartándonos de su consideracion, y meditacion, entremos con tiento en los negocios, y conversaciones, temiendo que el licor de nuestras resoluciones no se

derrame, y pierda, porque es menester que se deshaga, y penetre bien todas las partes del alma; y que no obstante sea todo esto sin forzar el espíritu, ni el cuerpo.

CAPITULO XVII.

Respuesta á dos objeciones, que pueden ponerse sobre esta introduccion.

DIRÁTE el mundo, Filotea mia, que estos ejercicios, y avisos son en tan grande número, que quien los quierre observar no podrá atender á otra cosa. Ay de mí, amada Filotea! Quando nosotros no hiciéramos otra cosa, haríamos harto bien, pues haríamos lo que debíamos hacer en este mundo. Verdad es que si fuese necesario hacer todos estos ejercicios todos los dias, no nos darian lugar á otra cosa; mas no es necesario hacerlos sino á su tiempo, y lugar, y cada uno segun la ocurrencia. Quántas leyes hay civiles, las quales deben ser observadas? mas se entiende segun las ocurrencias, y no que sea necesario practicarlas todas cada dia. Quanto á lo demás, David Rey, cargado de negocios dificultosísimos, usaba de mas ejercicios que yo te he puesto aquí. S. Luis, Rey admirable,

asi

así en la guerra, como en la paz, el qual con un cuidado sin igual administraba la justicia, y manejaba los negocios mas graves, oia dos Misas cada dia, decia Vísperas, y Completas con su Capellan: hacia su meditacion, visitaba los hospitales, confesábase todos los Viernes, disciplinándose: oia los sermones muy amenudo, y hacia muchas veces conferencias espirituales; y con todo esto no perdía una sola ocasion del bien público, que no la excusase diligentemente; siendo entónçes su Corte mas lucida, y festejada que en tiempo de sus predecesores. Usa, pues, sin temor de estos exercicios, segun te he enseñado, y Dios te dará bastante lugar, y fuerza para acudir á los demas negocios, aunque para ello debiese hacer parar el Sol, como hizo en tiempo de Josué. No es poco lo que hacemos quando Dios trabaja con nosotros.

Dirá el mundo que llevo yo la mira á que mi Filotea tenga el don de la oracion mental, y que, no obstante esto, no todos le pueden tener, y que así esta introduccion no servirá para todos. Es verdad, y sin duda he llevado siempre este fin; y es tambien verdad que todos no tienen el don de la

oracion mental; pero tambien lo es que casi todos le pueden tener, y aun hasta los mas groseros, con tal que tengan buenos Confesores, y que ellos quieran trabajar para adquirirle tanto quanto él lo merece. Y si se halla faltar este don en alguna suerte de grado (lo qual pienso no poder acaecer sino muy raramente), el prudente Confesor hará facilmente suplir esta falta por la atencion que enseñarán tener en leer, ó en oír leer las mismas consideraciones que están puestas en las Meditaciones.

CAPITULO XVIII.

Tres últimos, y principales avisos para esta introduccion.

Harás todos los primeros dias del mes la protestaçion que está en la primera parte, despues de la meditacion; y todos los momentos que puedas protestarás el quererla observar, diciendo con David: *Nunca jamas olvidaré tus justificaciones, ó Dios mio, porque en ellas, Señor, me has vivificado.* Y quando sintieres algun distraimiento en tu alma, tomarás tu protestaçion en tus manos, y postrada en espíritu de humildad, la pronunciarás de todo tu corazon: y así halla-

llarás un gran alivio, y consuelo.

Harás profesion abierta de querer ser devota; y no digo de ser devota, sino de querer serlo; y no tengas vergüenza de las acciones comunes, é importantes, que nos guian, y conducen al amor de Dios. Procura siempre ensayarte en la meditacion, como en querer tambien antes morir que pecar mortalmente. Protestarás tambien que has de freqüentar amenudo los Sacramentos, y seguir los consejos de tu Director (aunque muchas veces no sea necesario el nombrarle por muchas razones); porque esta libertad de confesar que queremos servir á Dios, y que nos hemos consagrado á su amor con una especial aficion, es muy agradable á su Divina Magestad, que no quiere que tengamos vergüenza de él, ni de su Cruz; pues vemos que esta antes corta el camino á muchos enredos, que el mundo á cada paso desea ponernos, y nos obliga á su seguimiento.

Los Filósofos se publicaban por Filósofos porque los dexasen vivir filosóficamente; y nosotros debemos hacernos conocer por deseosos de la devocion porque nos dexasen vivir devotamente; que si alguno te dixere que se puede vivir de-

votamente sin la práctica de estos avisos, y exercicios, no por eso lo niegues; pero responderásle amigablemente, que tu flaqueza es tan grande, que ha menester mas ayuda, y socorro que los otros.

En fin, amada Filotea mía, yo te conjuro por quanto hay sagrado en el Cielo, y en la tierra: por el Bautismo que has recibido, por los pechos que Jesu-Christo mamó, por el corazon caritativo con que te ama, y por las entrañas de la misericordia en que esperas, que continúes, y perseveres en esta dichosa empresa de la vida devota. *Nuestros dias se pasan, la muerte está á la puerta, la trompeta* (dice San Gregorio Nazianzeno) *toca á la retirada: cada uno se prepare, porque el Juicio se acerca.* La Madre de San Sinfiriano, viendo que le llevaban al martirio, le gritaba cerca de sus orejas: Hijo mio, hijo mio, acuérdate de la vida eterna: mira al Cielo, y considera quién reyna en él. El fin cercano terminará bien presto el breve curso de esta vida. Lo mismo, pues, Filotea mía, puedo yo decirte. Mira al Cielo, y no le pierdas por la tierra: mira al Inferno, no te eches en él por los que son solos momentos. Mira á Jesu-Christo: no le nie-

niegues por el mundo; y quando la pena de la vida devota te pareciere dura, cantarás con S. Francisco: *Los mayores trabajos me parecen pasatiempos, considerando los bienes que des-*

pues de ellos espero.

Viva Jesus, á quien con el Padre, y Espíritu Santo sea honra, y gloria ahora, y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amen.



VIRTUD MILITANTE

CONTRA LAS QUATRO PESTES del Mundo.

ENVIDIA.

LA Iglesia Católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos Santos Padres, y Doctores, que no tenemos ocasion de mendigar enseñanza de los Filósofos. Mejor, y mas segura escuela es la de los Santos. Agudísimo, y admirablemente docto fue Séneca: su estilo con la brevedad de las sentencias tiene obras de estrecho, que cifie en pequeños espacios corrientes de profundos mares de ciencia. Empero todas estas dignidades de espíritu sublime, que fulmina con las razones, que hace hablar cada letra de por sí, se lee aventajado en S. Pedro Chrysólogo. Por esto yo quiero enriquecer mi discurso con el oro de sus palabras; y para escribir en buena moneda empezaré

con las que predicó en el Sermón quarto del Hijo Pródigo: *La envidia es mal antiguo, primera mancha, anciana ponzoña, veneno de los siglos. Esta en el principio ecbó, y derribó al Angel del Cielo. Esta desterró del Paraíso á nuestro primer Padre. Esta arrojó de la casa paterna este hijo primogénito. Esta á la progeme de Abraban, al Pueblo escogido, armó para la muerte de su Autor, y de su Salvador. La envidia es enemigo doméstico: no bate los muros de la carne, no conquista las fortificaciones de los miembros; solo combate los alcázares del corazon, y antes que las entrañas lo sientan, cautiva, y lleva en prision la misma alma, señora del cuerpo.*

Aquí está la envidia definida,

da, aquí exémplicada: aquí se descubre su intento, se nombran sus armas, se dán sus señas. Su linage es el mas antiguo de todos los vicios; mas no por eso adquiere nobleza. Antes nació que el mundo, para que hubiese quien destruyese el mundo en naciendo.

La envidia fue vientre de los pecados: el pecado fue parto primogénito de la envidia. Adelantóse el Angel al hombre en este parto, y sucedió al Angel el hombre. El bien fue primero que la envidia, porque es tan mala, que solo aguardó á tener buena madre para ser ruin hija. Si el bien la hizo mala, quién la hará buena? Ella hizo ascuas del Infierno las luces del Sol: persuadió á los Séráfines á ser demonios: hizo que perudiesen las sillas de gloria; y luego que el mundo fue recién nacido, procuró que el hombre no las poblase. Dilatólo en Adan, y osó estorvarlo en Christo con el sueño de la muger de Pilatos, que procuraba escusar en su muerte el medio de aquella restauracion. Qué no ha intentado la envidia? En el Cielo, y en la tierra qué ruina no se escribe debaxo de su nombre? Por eso la llama nuestro Santo veneno de los siglos. Ella atosiga todas las edades: ella es indu-

cida de muertes. El propio Santo en el mismo sermón lo dice: *O hinabazon de la envidia! en una casa grande no caben dos hermanos! Hizo la envidia que toda la latitud del mundo fuese angosta para dos hermanos; pues ella incitó á Cain para que diese la muerte al que era menor, para que hiciese solo la malicia envidiosa al que la ley de la naturaleza hizo primero.* Ella derribó al Angel, reduxo á Adan, hizo á Cain fratricida, y dió la muerte á Abel, cuya sangre fue la primera mancha de la tierra; y por eso la llama San Pedro Chrysólogo primera mancha de enfermedad; que se introduxo en la salud de los Angeles, que estrenó al primer Padre, y al primer hijo. Quál descendiente presumirá, rodeado de cuerpo y asegurado de ella? Y si en el Cielo ya no puede entrar, de la tierra, por el pecado que introduxo, ya no puede salir. Fue causa del pecado, y es su castigo. Conócese la vileza de la envidia en que no hay envidioso tan vil, en quien no halle otro envidioso que envidiar. De nada tiene asco, pues de sí no le tiene. No solo se envidian los bienes, sino los males: no solo las honras, sino las afrentas: no solo la prosperidad, sino la miseria. Tan-